

Torrego, J. C., y Monge, C. (Coord.). (2018). *Inclusión educativa y aprendizaje cooperativo*. Madrid: Síntesis. 300 pp. ISBN: 9788491712503

La construcción de una sociedad más justa no puede lograrse sin un sistema educativo inclusivo. Al mismo tiempo, las escuelas difícilmente pueden avanzar hacia la inclusión si la sociedad no lo hace a la par. Aunque los postulados inclusivos parecen haber calado en el discurso de gran parte de la comunidad educativa, múltiples barreras impiden ver ampliamente reflejados en la práctica muchos de los avances avalados por la investigación. En el libro *Inclusión educativa y aprendizaje cooperativo*, se aborda la relación entre estos dos conceptos. ¿Por qué el aprendizaje cooperativo resulta necesario para caminar hacia una educación cada vez más inclusiva?

Aprendizaje cooperativo e inclusión comparten concepciones y valores, que parten del reconocimiento y la celebración de las diferencias. Reconocer las diferencias entre personas no es solo justo para aquellos colectivos en mayor riesgo de exclusión, sino para el conjunto de la sociedad, porque la diversidad es una cualidad inherente al ser humano. Celebrar las diferencias entre personas debe ser el punto de partida para cambiar la forma de entender las prácticas de enseñanza y aprendizaje: diversidad y diversificación, frente a uniformidad y estandarización. La educación inclusiva lucha por la presencia, la participación y el progreso de todos los alumnos, y se centra en cómo cambiar las condiciones contextuales para que las diferencias individuales no se conviertan en obstáculos para el aprendizaje. El aprendizaje cooperativo encuentra en las diferencias entre alumnos la fuente de oportunidades para que todos puedan aprender interactuando entre ellos, y se centra en estructurar esa interacción para asegurar la presencia, la participación y el progreso de todos.

Pasar de las concepciones a las prácticas es un proceso complejo, porque el camino hacia la inclusión requiere un esfuerzo explícito, estratégico y sistémico (Capítulo 1). El mayor obstáculo lo encontramos en algunas concepciones equívocas o incompletas que conviven en nuestro discurso. Una de las más extendidas, por lo que sugieren las prácticas de muchos centros educativos, es que poner a los alumnos a trabajar juntos es suficiente para fomentar la inclusión y para que aprendan unos de otros. Una de las premisas del aprendizaje cooperativo es la necesidad de organizar explícitamente la interacción

entre los alumnos, para generar relaciones de interdependencia social (Capítulo 5). Para que los alumnos puedan aprender trabajando juntos –y aprender a trabajar juntos– es necesario que los docentes actúen como mediadores para formar los equipos, estructurar la interacción, ayudarles a desarrollar habilidades sociales, y ofrecerles herramientas con el objetivo de cederles progresivamente el control sobre la regulación de su aprendizaje (Capítulo 9). Organizar la interacción entre los alumnos no solo ofrecerá oportunidades de aprendizaje a aquellos que reciban ayuda, sino que además generará la posibilidad de que los alumnos puedan aprender enseñando a sus compañeros (Capítulo 6). El potencial de aprender enseñando, junto a otras medidas, abre valiosas opciones para el uso del aprendizaje cooperativo con alumnos con altas capacidades (Capítulo 7). Superar los obstáculos que surgen a lo largo del camino requiere acompañar a los docentes en el proceso de cambio que supone la inclusión y la introducción del aprendizaje cooperativo en las aulas. Bajo la búsqueda de la coherencia institucional (Capítulo 2), ese proceso de cambio nos lleva a repensar el liderazgo de los equipos directivos (Capítulo 3), la formación del profesorado (Capítulo 4) y el asesoramiento colaborativo (Capítulo 10).

Inclusión educativa y aprendizaje cooperativo se justifican mutuamente, arropados por los ideales de justicia y democracia. Ideales que, bajo una aparente y peligrosa sensación de logro alcanzado, la situación actual nos exige seguir reivindicando. La inclusión es un proceso inacabable de análisis y reflexión sobre la equidad en las políticas y las prácticas educativas. El papel de la investigación resulta determinante para seguir iluminando el camino hacia la inclusión. Una investigación que debe huir de la dicotomía cuantitativo-cualitativo y aproximarse a métodos mixtos, e implicar a toda la comunidad educativa, no solo como informantes, sino también como agentes de investigación y cambio en sus contextos (Capítulo 8). Los dieciséis autores que participan en el libro, reconocidos en el ámbito de la educación inclusiva y el aprendizaje cooperativo, nos invitan a emprender el viaje hacia una sociedad y una escuela más inclusivas, en un camino que no podemos andar solos.

Jesús Ribosa Martínez